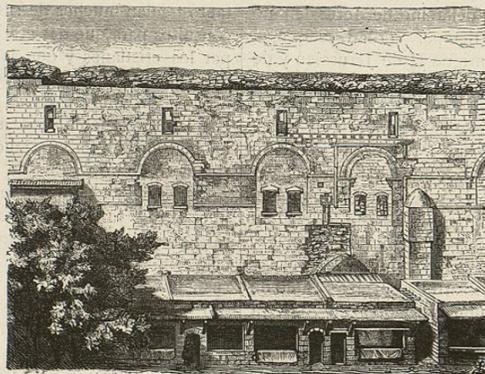


Acre: caballeros y escuderos se embarcaron, y del 15 al 16 de mayo por la noche se marchó también el rey Enrique á Chipre con sus tropas y otros 3,000 fugitivos que á él se habian unido (1). La guarnicion de la plaza, que continuó la lucha hasta lo último, quedó reducida á unos 12 ó 13,000 hombres.

El 16 de mayo intentó el sultan penetrar en la ciudad por asalto. Los fosos fueron cubiertos, las murallas medio derribadas en parte; y ya resonaba el grito de victoria que daban los musulmanes en las calles de la ciudad medio conquistada, cuando se rehicieron los cristianos y emprendieron hazañas del mayor heroísmo. Arrojaron de la ciudad á los intrusos, gracias, sobre todo, al valor de los hospitalarios, y taparon las brechas que el enemigo habia abierto en la muralla, haciendo una nueva provisional con piedras y otros



Restos de las fortificaciones de Tortosa

parejas con el de los hospitalarios para alcanzar el premio dado al valor y borrar con su sangre muchos pecados añejos! Los vencedores avanzaban mas y mas; miles de hombres quedaron muertos en la lucha, y las mujeres y los niños solo sobrevivieron para la esclavitud ó para los goces mas brutales. Unicamente algunos grupos lograron llegar al puerto y huir á los barcos; pero tambien perecieron los mas, pues el mar estaba borrascoso, y los barcos, muy cargados, se iban á pique. Algunos miles de los sitiados se precipitaron sobre el firme castillo de los templarios que se hallaba situado al Oeste de la ciudad, muy cerca de la costa, y allí trataron de negociar con el sultan condiciones aceptables para la rendicion. Pero los enemigos, que ocuparon luego el castillo, cometieron con los vencidos tantos excesos, que al fin les obligaron á apelar otra vez á las armas. En efecto, dieron muerte á los musulmanes que se hallaban entre ellos y luego cerraron las puertas. Algunos dias duraron todavia las negociaciones y la lucha. Algunos de los encerrados lograron escaparse por mar, y los demás cayeron bajo la espada del enemigo furioso. Los prisioneros que habian caído en manos de los musulmanes perecieron tambien, y el islamismo tomó con creces una venganza completa de las matanzas ordenadas un dia por Ricardo Corazon de Leon contra la guarnicion que tenia en Acre el sultan Saladino. Despues, empuñando la tea incendiaria, arrasaron la orgullosa ciudad de Acre, como tantas otras

(1) El rey Enrique ha sido muy censurado por esta desercion. La mejor defensa que de él puede hacerse es sin duda la de que era muy enfermizo, y por tanto poco idóneo para perseverar hasta lo último en la terrible lucha.

materiales. Sin embargo de esto, no debía hacerse esperar la entrega de la fortaleza. Los jefes de los cruzados así lo comprendieron, y por esto pensaron si seria conveniente entonces emprender la retirada á Chipre. Pero faltaron buques para poder salvar siquiera una buena parte de los sitiados de la ruina que era inminente, y se resolvieron al fin á esperar unidos el desenlace. La predicacion, las oraciones y la sagrada comunión fortalecieron para la última lucha á los que estaban condenados á una muerte segura.

El 18 de mayo dieron un asalto general las tropas enemigas, sobrecitadas tambien por los recursos religiosos. Varias veces fueron rechazadas; pero al fin abrieron por segunda vez una brecha, forzaron una puerta y penetraron en grandes masas por las calles de la ciudad. ¡En vano el heroísmo de varios guerreros, principalmente de los templarios, corrió

magníficas ciudades cristianas que habian excitado la admiracion de medio mundo.

La pérdida de esta gran plaza fué para la dominacion cristiana en Siria no ya solo el principio del fin, sino el fin mismo. Los cruzados tenian todavia algunas ciudades notables y bien defendidas, principalmente Tortosa, Beirut, Sidon y Tiro y el «Castillo de los Peregrinos,» la orgullosa plaza de los templarios en la costa Sur de Acre; pero la continuation de la guerra ya no parecia posible. De todas las partes huían los cristianos al tener noticia de la victoria de los musulmanes. En algunos puntos solo se necesitó la amenaza de guerra por parte del enemigo para ahogar en los cristianos el último pensamiento de la resistencia y poner en movimiento la emigracion. Pocas semanas despues del horrible dia (18 de mayo), estaba completamente abandonada la costa de Siria por los hijos del Occidente.

Almelik Alaschraf celebró el gran éxito alcanzado con solemnes fiestas en Damasco y en el Cairo. Los cristianos se lamentaban de la suerte de Acre y se echaban en cara unos á los otros el haber abandonado «al cordero en las garras de los lobos.» El papa Nicolás IV exhortó á nuevas cruzadas; y algunos príncipes y reyes tomaron la cruz; otros hicieron el voto de cruzada esperando poder arrancar el santo sepulcro de manos de los musulmanes en union con los mogoles. Pero ya no se formó ningun ejército para aquella guerra. Solo unas señoras genovesas muy ricas armaron una pequeña escuadra en el año 1301, para la lucha contra el islamismo; y en Francia se puso en movimiento la gente del pueblo para la expedicion á Oriente; pero, como antes habia sucedido, no

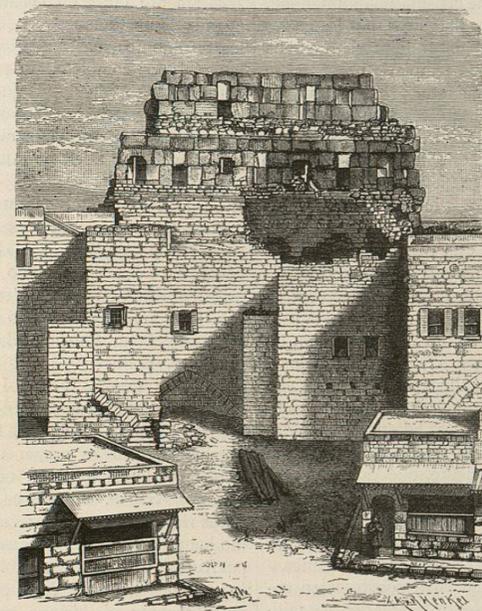
hicieron otra cosa mas que saquear las campiñas cristianas y perseguir á los judíos. Las predicaciones de la cruzada y los planes de guerra que hombres sabios habian trazado, entre otros el generoso veneciano Marino Sanuto, que estaba animado de grandes esperanzas, todo quedó sin efecto, y Europa se limitó desde entonces á satisfacer sus deseos fervorosos en pro de la veneracion del santo sepulcro, por medio de peregrinaciones pacíficas como antes de la época de las cruzadas.

DESTRUCCION DE LA ÓRDEN DE LOS TEMPLARIOS

El cambio de los tiempos que se manifiesta en todas las cosas, se ve mas claro y de una manera muy marcada en la

horrible desaparicion de la Orden de los templarios. En aquella comunidad de guerreros religiosos vengó el espíritu moderno, que entonces aspiraba á la dominacion, y vengó con cruel dureza los errores de que se habia hecho culpable una gran parte de la cristiandad durante los siglos de las cruzadas. La ocasion para ello la dieron los mismos templarios cuando quisieron contrarestar con orgullo al espíritu que les amenazaba.

En los primeros decenios de su existencia fué esta Orden la admiracion del Occidente y recibió los plácemes y alabanzas de San Bernardo. Pero no habian trascurrido muchos años, cuando fueron arrastrados los templarios á malos caminos por las inmensas riquezas que de todas partes recibieron.



Restos de las fortificaciones de Tortosa

Los castillos de la Orden han sido considerados por los contemporáneos como los lugares de la vida mas voluptuosa; y el *vivere templariter*, beber á lo templario, quedó como un proverbio (1). Peor fué todavia que los orgullosos caballeros, aficionados en primer término á la adquisicion de dinero y bienes, no juzgasen malo ningun medio, con tal que les asegurase la satisfaccion de su avaricia, y arreglasen su política en Siria, ó sea sus relaciones con los musulmanes, sin consideracion á la prosperidad comun y solo segun convenia á sus intereses particulares. Creyeron que podrian despreocuparse por su gran número y su brillante posicion, y porque no reconocian otro dueño sobre sí mas que el Papa. Ya en el año 1162 Alejandro III (2) eximió por completo á esta Orden de toda jurisdiccion de los obispos, poniéndolos exclusivamente bajo la del jefe supremo de la Iglesia. Los templarios se mostraron agradecidos á este favor, empleando todo su poder en favor de la curia romana y en contra de los

(1) Si esta frase no significara el beber immoderado, sino únicamente el vivir cómoda y abundantemente como un templario, todavia seria bastante significativa.

(2) Por la bula de 7 de enero de 1162: *Omne datum optimum*.

poderes del Estado. Además se aprovecharon de la libertad que les fué concedida para transformarse poco á poco en una comunidad que de nadie dependia en el mundo, y que era activa negociante bajo todos los conceptos.

En tal situacion dieron aquel paso que fué el mas imperdonable para una comunidad religiosa, para la mas antigua Orden cristiana de guerreros, como para la hija predilecta de San Bernardo; es decir, abandonaron el terreno de la ortodoxia católica y abrazaron las grandes herejías. Cosa es de todos conocida que esta acusacion contra los templarios se ha emitido siempre como asunto evidente para unos, y dudoso para otros, y aun hoy están completamente divididas las opiniones de los críticos sobre este punto. Los unos convienen en todas las faltas de los templarios, pero no creen en sus errores heréticos; mientras que otros sostienen que aquellos caballeros religiosos renegaron en efecto de su fe cristiana, y esto todos los de la Orden en general, y que formaron una religion secreta muy escandalosa (3).

(3) Esto mismo ha afirmado recientemente el Dr. Prutz, en el ya mencionado escrito: «Doctrina y estatutos secretos de la Orden de los templarios.»

Esta última opinión puede ser de gran valor, por lo menos en cuanto demuestra que los templarios perdieron la base ideal de su manera de pensar y obrar, cuando llegaron á ser ricos, voluptuosos y avaros. El comercio y trato tan variado que sostenían en tiempo de paz con los musulmanes, aumentó despues su indiferencia hácia las doctrinas morales y dogmáticas del cristianismo. Y cuando sucedió lo peor que podía suceder á aquellos guerreros que habían dedicado su vida á la guerra contra el islamismo; cuando Jerusalem se perdió; y cuando todos los esfuerzos del Occidente por reconquistar la ciudad santa quedaron sin resultado, y los enemigos de la fe marcharon de victoria en victoria, entonces se trasformó la indiferencia de los templarios en incredulidad, en mofa y en escepticismo. Así es que, ya en el año 1208 el papa Inocencio III acusó á la Orden no solo de censurable inmoralidad, sino también de profesar doctrinas diabólicas, por las cuales deberían imponérsele algunos castigos si no se viera en ella cambio alguno; y en el año 1266 un templario provenzal se atrevió á cantar versos del tenor siguiente: «No hay cruz, no hay fe que pudiera ayudarnos contra estos malditos turcos; por el contrario, es manifiesto que Dios les protege para nuestra perdición. Y porque Jesucristo, que debiera oponerse, lo consiente, tenemos que darnos por satisfechos. Es, pues, un loco rematado el que pretenda todavía luchar contra los turcos, á los cuales Dios todo consiente. El que vigilaba en otro tiempo duerme ahora, y Mahoma está desplegando todo su vigor y deja obrar á su servidor Bibars á su capricho.»

En este terreno llegó la herejía de la Orden á su completo desarrollo, según sostienen los acusadores de los templarios, á lo cual contribuyó grandemente la lucha desesperada de los albigenses contra las tropas de la cristiandad ortodoxa. En efecto, en el territorio de los albigenses tenía aquella Orden grandes propiedades, y de aquel país habían entrado en la Orden muchos novicios, cuyas ideas heréticas, excitadas sobremanera por la guerra contra la Iglesia romana, prevalecieron entre los templarios de Oriente, que ya antes estaban contaminados de impiedad. Los primeros indicios de una manifestación de doctrinas secretas por parte de los templarios, coinciden según esta opinión con el primer sitio de Damietta (1218 á 1220) y del «Castillo de Peregrinos», aquel soberbio edificio de la Orden cuya construcción comenzó en el año 1219. La Orden de los templarios, fiel milicia del papado, cayó por tanto en la herejía ¡cosa rara! casi al mismo tiempo en que el orgullo de la curia romana recibió su personificación más funesta en la persona del cardenal Pelagio.

Como resultado de este desarrollo interior de la Orden debemos suponer, —siguiendo siempre la misma idea,— que los templarios tomaron de las doctrinas de los albigenses, ó sea de la antigua creencia de las opiniones heréticas de los cataros, lo que les convenía, estableciendo así mal ó bien algunos rasgos de la historia de su propia existencia pasada, y haciendo consistir en los goces de la existencia terrenal su sistema impío y disoluto. Así debieron llegar á la vil profanación de la cruz y á la negación de Jesucristo, al reconocimiento de una especie de dualismo, es decir, de un Dios verdadero, omnipotente y superior, y de un Dios inferior que dirige únicamente el mundo corpóreo, y que reparte sus goces. A este último habrían venerado en la forma de ídolo, en la imagen de una cabeza humana formada con el noble metal. Cada miembro de esta secta herética tomaría naturalmente parte en el esplendor y riqueza de que disfrutó la comunidad; y como la continencia en el trato con el sexo femenino era deber de los caballeros, se les permitiría como recompensa aquel horrible vicio que en todos los tiempos estuvo siempre muy propagado en el Oriente, y cuyas indecen-

tes ceremonias se celebraban al ser recibidos en la Orden. Los grupos principales de los templarios, el oriental y el francés, se entregaron casi por completo á esta herejía ignominiosa, al paso que los miembros de la Orden en Alemania, Inglaterra, Escocia, España y Portugal permanecieron más ó menos exentos de ella.

¿Qué pensar pues de todo esto? ¿Hay en efecto pruebas de que esa estúpida y repugnante herejía de los templarios tuviera íntima conexión con el carácter religioso de los albigenses? ¿No parece además la misma herejía enteramente sospechosa, cuando acusa á los caballeros de las mismas extravagancias y hajezas que la Iglesia en la persecución de los herejes del siglo XIII había censurado ya en sus adversarios, por ejemplo en los desgraciados estedingios? Debemos seguramente creer en las acusaciones de la Orden solo cuando se nos demuestran de una manera irrefutable y por los testimonios más auténticos; pero tales testimonios faltan casi por completo, porque únicamente las confesiones de los mismos caballeros, que hablaron bajo la presión de horribles tormentos corporales, y tal vez también morales, nos dan noticia en lo esencial de aquella herejía; y estos testimonios son tales, que difícilmente pueden merecernos entero crédito.

La poderosa comunidad no se arruinó en manera alguna por esa herejía, tal vez inventada, ni tampoco por sus muchos errores morales. Todas estas cosas sirvieron á sus enemigos de medio cómodo para destruirla; pero la causa principal de su ruina fué el desarrollo de su importancia política. Esta milicia del papado se había suscitado, antes de la caída de Acre, muchos adversarios de la curia romana, príncipes, políticos y masas del pueblo. Pero á la sazón reinaba en Francia Felipe IV «el Hermoso», el enemigo furibundo de toda teocracia, el primer príncipe, «en cuya manera de obrar se revelaba ya la atmósfera de la historia moderna.» Venció en primer término la voluntad inflexible del papa Bonifacio VIII, ocasionando el destierro de la Iglesia á Aviñón. Despues se dirigió contra los templarios, cuyas riquezas excitaban su codicia, y cuyo poderoso organismo había de quedar amenazado en su base. Pero el proceso por virtud del cual destruyó la Orden en los años de 1307 á 1313, corresponde en lo esencial, no al nombre de las cruzadas, sino á la historia interior del Occidente cristiano, principalmente de Francia. Naturalmente, podían lanzarse quejas contra los templarios sin grandes dificultades, y así fué que muchos centenares de caballeros fueron detenidos y atormentados horriblemente, y muchos ejecutados con refinada crueldad. El papa Clemente V no supo resistir por más tiempo á las instancias apasionadas del rey Felipe, y disolvió la Orden el 22 de marzo de 1312, si no mediante un «fallo judicial», á lo menos «por providencia y plenitud de potestad, como supremo pastor.» El 18 de marzo de 1313 fué quemado vivo á fuego lento el último gran maestro de los templarios, el caballero Jacobo de Molay.

La triste suerte no fué del todo innecesaria, según hemos visto. ¿Quién podía ya abrigar despues de tales sucesos una seria esperanza de renovación de las cruzadas? Sobre este punto de vista viene muy á cuento una antigua conseja que refiere «que todos los años aparecía en la noche de la disolución de la Orden una figura armada con la cruz roja y manto blanco, que descansaba sobre la sepultura de los templarios y hacía la pregunta de quién deseaba libertar el sepulcro santo: «Nadie, nadie, era la contestación que resonaba en la bóveda, pues el Templo está destruido.»

RODAS, ARMENIA Y CHIPRE

Por los mismos años en que fué destruida la Orden de los

templarios adquirió nuevo esplendor la Orden de los hospitalarios, no obstante haberse visto muy expuesta á quedar envuelta en la ruina de aquella poderosa comunidad, pues á las dos Ordenes amenazaban entonces los mismos enemigos. Los hospitalarios habían quedado también exentos de la jurisdicción episcopal algo antes que los templarios; habían vivido con gran lujo y suntuosidad, seguido una política egoísta y levantado muy alto la bandera de la curia romana enfrente de los poderes del Estado. Despues de la caída de Acre se habló en el Occidente de una transformación, principalmente de una refundición de ambas órdenes en una sola, porque en la forma en que existían, y dada la enemistad que había reinado muchas veces entre ellas, no podían llenar cumplidamente su fin principal, ó sea el de defender la Tierra Santa contra el islamismo. La aversión contra las órdenes militares religiosas que llegó á expresarse en la forma dicha, descargó por fin solamente contra los templarios y eximió en parte á los hospitalarios, porque á aquellos alcanzó más que á ninguna otra orden el odio del rey Felipe, y además por otras diversas razones. En efecto, en aquella época, entre todas las grandes órdenes militares, la de los templarios era la que tenía menos razón de ser. Los caballeros de orden teutónica, por el contrario, desde más de diez años antes habían encontrado un segundo campo para su actividad fuera de Tierra Santa, en la lejana Prusia, con cuyo motivo aseguraron su existencia por una época indeterminada, y los hospitalarios reunieron precisamente en aquel momento toda su fuerza para adquirir también una posición político-militar perfecta é independiente. Como la Siria había quedado cerrada para ellos despues de la caída de Acre, dirigieron las miradas más al Oeste, á las costas del mar Egeo, donde resonaba aun la lucha de los francos, griegos y osmanes. Por los años 1306 y 1309 reunieron grandes fuerzas con las que se establecieron definitivamente en Rodas en 1310, y sometieron una serie de islas pertenecientes á las Sporadas meridionales, principalmente Syme, Cos, Kalymnos, Lero (Santa Margarita). El vecino continente estaba en poder de los mahometanos. Esta valiente caballería formó en su nuevo dominio una de las murallas de defensa de la cristiandad contra el avance progresivo del islamismo, y por eso en la disolución de esta orden se pensó tan poco, que antes al contrario, se creyó había sido instituida heredera de los templarios, y en efecto recibió una parte de sus bienes. Durante más de dos siglos ocuparon los hospitalarios un puesto de honor al lado de los señores francos de Creta y Acaya, Atenas y Naxos. Con ayuda de sus rentas de Occidente y de los ingresos de sus islas florecientes, tan bien situadas para el comercio, formaron ejércitos considerables, dominaron hácia 1380 en el principado de Acaya, poseyeron desde 1343 á 1402 la rica Smirna, y construyeron en el año 1399 la fuerte plaza de San Pietro (hoy Budrun), sobre las ruinas de la antigua Halicarnaso. Pero por fin sucumbió su Estado, igualmente que los demás dominios de los francos del archipiélago, bajo la espada de los osmanes.

La expulsión de los cruzados de la costa de Siria produjo muchas ventajas, no solo á los hospitalarios, sino también á los pequeños reinos de Armenia y Chipre. El primero de estos había ya decaído del grande esplendor adquirido bajo sus primeros reyes Leon I y su yerno Hethum I; pero la ruina de este Estado cristiano, en vez de precipitarse, se retardó por la caída de Acre. Hethum siempre había favorecido la alianza entre cristianos y mogoles para poderse sostener contra la preponderancia de los musulmanes. Los mogoles se unieron á él; pero los sultanes de los mamelucos quedaron al fin dueños de Egipto y Siria, y causaron mucho daño á los armenios en repetidas expediciones. Bajo el gobierno de su

hijo el rey Leon II (1271—1289), y luego en tiempo de su nieto Hethum II (1289—1307), se empeoró la situación á pesar de las hazañas de los armenios. Los mamelucos les impusieron, á consecuencia de nuevos ataques, grandes tributos que debilitaron profundamente la fuerza de defensa del país. Los vecinos mogoles se convirtieron al islamismo á principios del siglo XIV y descuidaron desde entonces el prestar ayuda á sus antiguos aliados contra los sultanes de Egipto y de Siria. Los mismos reyes de Armenia, finalmente, pidieron socorros á Occidente y prometieron la adhesión de su Iglesia al territorio del Papa, aumentando con esto la discordia entre los partidos en que se hallaba dividido su desgraciado país. Hethum II abdicó varias veces, ya espontáneamente, ya obligado, y murió al fin de muerte violenta, cuando los magnates armenios se conjuraron contra él en unión de un oficial mogol. El pequeño Estado hubiera desaparecido entonces, si muchos francos, despues de su expulsión de la costa siria, no hubiesen encontrado allí un refugio, y si el activo comercio que hasta entonces había animado las calles de Tripoli y de Acre no se hubiera trasladado á distintos puntos de la Armenia. Desde fines del siglo XIII, el puerto de Lajazzo, situado casi en el extremo más inferior del golfo que separa la Cilicia de Siria, disfrutó por largo tiempo de admirable esplendor. Allí se hallaban comerciantes de Asia central mezclados con italianos, franceses y españoles; allí eran objeto de tráfico los productos más preciosos de medio mundo, y el erario público de Armenia ganó en los derechos de aduana sobre el comercio lo necesario para satisfacer los impuestos de los sultanes egipcios y para atender á las necesidades de la patria.

Pero también llegó para este país la última hora. Las discordias interiores y los desgraciados tratos con los osmanes, mogoles y mamelucos se sucedieron en lamentable alternancia. Además, en el año 1342 murió Leon IV ó V, último vástago de la línea masculina de la casa reinante; y la rama de los Lusignan de Chipre, llamada entonces á ocupar el trono como descendiente de sangre armenia por parte de madre, se hallaba tanto menos en situación de evitar la ruina que amenazaba, cuanto que fueron aumentando despues en el país las divisiones políticas y religiosas. Dos reyes fueron muertos en estas contiendas y por algún tiempo estuvo vacante el trono, hasta que por fin los mamelucos pasaron las fronteras con fuerzas formidables, dispersaron el ejército armenio, incendiaron ciudades, villas y aldeas, y se llevaron al último rey, Leon V ó VI, cautivo al Cairo, despues de haberle hecho prisionero en el castillo de Gaban, en el cual se había defendido durante nueve meses. La independencia de Armenia fué de este modo destruida, y la prosperidad de Cilicia quedó aniquilada radicalmente. El rey Leon murió en Paris en el año 1393, á donde se había dirigido despues de alcanzar la libertad.

El reino de Chipre, del cual vamos á tratar por último, duró algunas generaciones más que el Estado de Armenia, y le superó en suerte y esplendor desde la caída de Acre. La hermosa isla contó desde mayo de 1291 uno de los siglos más brillantes de toda su historia. La colonización con los francos se realizó fácilmente en la época de la tercera cruzada, ya porque los ricos de entre los habitantes griegos habían escapado, y los pobres armenios que quedaron se sujetaron humildemente á la dominación de los guerreros advenedizos, ya porque en aquellos días muchos latinos fijaron allí de buen grado sus nuevos domicilios. De este modo se llenó el país de caballeros, comerciantes y clérigos francos; se desarrollaron la agricultura, la industria y el comercio; se levantaron castillos, almacenes, templos y conventos por todas partes, siendo la única dificultad para el futuro desarrollo de